

# LA VERDAD, LA MENTIRA Y EL PODER CREADOR DEL LENGUAJE\*

El lenguaje parece presentarse como una valija de doble fondo: más allá de la comunicación y del incesante establecimiento de la verdad, semioculto y acechante en los pliegues mismos de la significación, otro ámbito parece persistir en la textura de los signos. Sócrates, en el *Cratilo* platónico, le subraya a Hermógenes esta doble condición del lenguaje: “Sabes que el discurso señala, hace rodar y girar ‘todo’; y que es doble: verdadero y falso”. Esa doblez no se expone, no se revela en su riqueza con facilidad y más bien es posible observar una “moral”, tramada en la estructura misma del lenguaje que exige de la transparencia de los signos, para hacer posible la comunicación, la claridad del mundo a través de la lámpara del lenguaje y que sumerge en la opacidad un horizonte donde otra escena se gesta y donde es posible la manifestación múltiple de lo falso, la incesante riqueza de la ficción, la geometría de los laberintos sin salida de la paradoja, la recurrencia abismal del absurdo. Al otro lado del espejo del lenguaje otro mundo, inquieto y atisbando, guía también nuestros pasos, cifra nuestras incertidumbres y nos ofrece, quizás, una de las puertas de la libertad. Como señalara Von Villers “en la sintaxis viven más animales extraños que en las profundidades del océano”; pero sobre esa proliferación y diversidad parece pesar una prohibición de exclusión y clausura dictada por la voluntad de verdad que sostiene el proceso comunicativo. “A la estructura formal del texto se le ignora -señala J. Derrida- muy clásicamente, en el momento mismo y quizás en la medida en que se pretende “descifrar” su “verdad”, el “mensaje” ejemplar. La estructura de ficción es reducida en el momento mismo en que se la refiere a su condición de verdad”(2). Es necesario preguntarse sobre una y otra vertiente del lenguaje.

## La condición de verdad

La comunicación es, sin duda, la primera entre las tareas del lenguaje. A través del lenguaje el hombre aprehende el mundo, insertándose en él, rodeándose de certidumbres y previsiones, instalándose en lo real. Michel Foucault ha señalado la manera como el hombre forja y reconoce su “real”:

“Los códigos fundamentales de una cultura -los que rigen sus lenguajes, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas- fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá”(3). Para fundar y ser parte de ese mundo, de ese real, el hombre se apropia del lenguaje y abre el circuito social de la comunicación que, como ha probado la lógica, se rige por el criterio de la verdad. Ya Nietzsche se preguntaba sobre ese “enigmático instinto” en el hombre y concedía que las leyes del lenguaje facilitan las primeras leyes de la verdad.

*El hombre y el cerco lógico.* La lingüística desde Saussure y la lógica desde Frege, como se sabe, pusieron en evidencia, *mutatis mutandis*, la inadecuación entre el lenguaje y el referente: entre signo y realidad extralingüística, entre sentido y denotatum, hay una separación, una fisura que es salvada, en el proceso de la comunicación, por la convención social de la lengua, o por lo que Frege llama el valor veritativo: “Entiendo por valor veritativo de una sentencia la circunstancia de ser verdadera o falsa”(4). La lógica moderna, de Frege y Russell a Ducrot y Van Dijk, ha puesto en evidencia los procedimientos lógicos que hacen posible el valor veritativo (o veritivo) como condición de la comunicación(5). Así pues, en este contexto, la “condición de verdad” será “el conjunto de condiciones bajo las cuales una proposición sería verdadera”(6). En este “conjunto de condiciones” son de particular importancia las presuposiciones. Todo acto de habla se realiza en un contexto de presupuestos (sintácticos, semánticos,...sociales, ideológicos, etc) que constituyen el ámbito de previsiones y el “pacto social” de los hablantes y que permiten la comunicación. Según Ducrot los presupuestos deben ser verdaderos para que la proposición pueda ser considerada verdadera o falsa(7). Es claro que el carácter “verdadero” de una proposición se sostiene, por un lado en la verificación(8) y, de manera más general y frecuente, en la credibilidad: el oyente presupone la intención de verdad (o no) en el hablante como condición para la realización del acto de comunicación. El diálogo mismo sólo podrá iniciarse y continuarse



si responde a un contexto de presuposiciones. De manera específica, las “restricciones selectivas” de un enunciado atiende al uso “coherente” y “normal” de la lengua, en atención a “presuposiciones” sintácticas y semánticas(9). Russell afirmaba que nadie podría hablar si la verdad no fuera regla. La condición de verdad y la “normalidad” de la lengua, su condición de coherencia, se impone así como un cerco, como una criba que reticula y rige nuestras representaciones.

*La verdad y legitimidad moral.* En nuestra cultura la verdad está protegida por una legitimidad moral. La idea de justicia está ligada a la defensa de la verdad pero ésta se presenta describiendo un movimiento, una metamorfosis. La definición de San Agustín, “Mentir es decir lo contrario de lo que uno piensa, con la intención de engañar”, revela el ancho campo por donde parece desplazarse la verdad. “Los hombres no huyen tanto de ser engañados -precisa Nietzsche- como de ser perjudicados por la mentira”. La verdad puede así guarecerse, enmascararse en la mentira misma, a través del salvoconducto de la convención social. De la definición de San Agustín se desprende que es posible concebir “mentiras lícitas” y mentiras “con intención de engañar”, o de “perjudicar”, según la expresión de Nietzsche (por lo tanto, dentro de la “legitimidad moral”, también es posible observar “verdades permitidas” y “verdades prohibidas”)(10). Este complejo juego de la verdad y de la mentira parece responder a la pauta social de aceptación y rechazo, en atención a una relación “horizontal” entre hablante y oyente. En este contexto el hablante debe proyectar credibilidad (como una de las presuposiciones para que la comunicación sea posible). “No el que tú me hayas mentido -señala Nietzsche- sino el que ya yo no te crea a ti, eso es lo que me ha hecho estremecer”(11). La credibilidad hace que fácilmente la mentira sea aceptada como verdad, y a la inversa: la falta de credibilidad hace que la verdad no sea reconocida como tal y rechazada como mentira. *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón es una de las más claras expresiones de este hecho. En contraposición, el poder de la mentira de ser reconocida como verdad puede cubrir al mismo mentiroso y creerse éste su propia mentira. Tal es el caso de Sancho Panza en su mentira sobre el encanto de la Señora Dulcinea, y el Próspero creyéndose su propia mentira de ser el verdadero Duque de Milán, en la obra de Shakespeare.

Las relaciones de comunicación, sin embargo, no se producen siempre de manera “horizontal” entre hablante y oyente sino más bien lo frecuente es una estructura vertical, jerarquizada. En esta dimensión el discurso “superior” es, con frecuencia, el de la verdad legitimada, y la mentira, en el discurso “inferior”, se convierte a menudo en un arma eficaz contra las estructuras superiores; la celebración de Ulises como “Señor de los ardidés” es la legitimación de la mentira como arma contra poderes superiores. Es claro, que en este contexto, la mentira va “de abajo hacia arriba” y la verdad es legítima desde lo alto, teniendo la moral como asiento, y manifestándose como una expresión de poder. Es necesario interrogar, así, el paso y el límite de la verdad como expresión del contrato social.

*Sobre las verdades esenciales y la crítica a la verdad.*

La certidumbre de nuestra vinculación con el mundo está en relación con la certeza sobre determinadas “verdades esenciales” o “necesarias”. La metafísica y la ciencia se constituyen y son posibles en el horizonte de estas verdades. Pap ha señalado que todos los grandes metafísicos, de Santo Tomás a Spinoza y de éste a Hegel, proceden así: “Todos ellos confiaban en verdades necesarias y razonamientos necesarios. Y por verdad necesaria querían significar algo más que una que simplemente fuera verdadera; tenía que ser verdadera; podíamos ver que no podía ser más que verdadera”(12). Igualmente el discurso de la ciencia -lógica, matemáticas, física- parten de la certeza de ciertas “Leyes” o verdades sobre las cuales fundan su saber. “Las distinciones entre conocimiento empírico (‘verdad necesaria’ y ‘verdad contingente’)... yacen en el centro mismo de la epistemología moderna”(13). El empirismo sin embargo ha cuestionado la clase de “verdades necesarias”. Así, por ejemplo John Stuart Mill afirmaba que las verdades necesarias no eran sino generalizaciones empíricas y, según Kant, nuestra certidumbre de las verdades necesarias se correspondía a una total ignorancia sobre las cosas en sí. De este modo, si las “verdades esenciales” pueden de alguna manera ser puestas en duda, como ocurre con las verdades “contingentes”, entonces la noción de verdad se correspondería con la norma lógica enunciada por Ducrot: “todo lo que se dice puede ser cuestionado”.

A partir de Nietzsche y, más contemporáneamente, de Foucault, el discurso filosófico se orienta hacia una crítica de la verdad, hacia la definitiva afirmación de que, más allá de jerarquías y convenciones, y más allá de la certeza de la corte y de los súbditos sobre la excelencia del traje del emperador, el rey realmente va desnudo.

a) *La verdad por fin cuestionada.* Nietzsche, retomando una tradición que viene de los eléatas y sofistas, cuestionará el estatuto de la verdad en beneficio de la mentira. La elegante refutación de Protágoras, el “príncipe de la sofística”, sobre la existencia de los dioses, es acaso la más clara demostración de que toda verdad puede ser refutada: “En lo tocante a los dioses, no puedo saber ni si existen ni si no existen, ni qué forma pueden tener. Hay, en efecto, muchas cosas que impiden este conocimiento, como lo son la oscuridad del asunto y la brevedad de la vida humana”. En esta tradición se instalará Nietzsche quien, como los eléatas, desarrollará la refutación de la verdad por medio de una paradoja que podríamos resumir de la siguiente manera: si el mundo es esencialmente falso, una apariencia, la voluntad de verdad sobre el mundo es una tendencia “contra natura”, una tendencia hostil y negadora del mundo. “La verdad —dirá— es más nefasta que el error e ignorancia: Paraliza las fuerzas que podrían servir al progreso y al conocimiento”(14). El hombre recurre a la verdad buscando lo duradero, pero “en realidad, nada de lo que en otros tiempos se estimaba como verdad lo es” y “sólo en virtud de su capacidad de olvido puede el hombre llegar a creer que está en posesión de una verdad”(15). Ante la verdad por fin cuestionada lo expulsado de ella (que en Platón se concretó en la expulsión del poeta y del sofista) regresa por sus fueros para proponerse como el territorio de la revelación creadora y de la libertad. “¡Todo es falso! ¡Todo es ilícito!” exclama



Rene Magritte

maba el filósofo abriendo una dimensión que es también la de las posibilidades del lenguaje(16).

El cuestionamiento de la verdad, que Nietzsche de manera sistemática inicia, tendrá un momento estelar en la reflexión de Michel Foucault: la verdad está allí no sólo para limitar una posibilidad creadora; también para instaurar un poder.

b) *Sobre la verdad y el poder.* "El poder -señala Roland Barthes- es plural como los demonios"(17), y tiene en el lenguaje mismo uno de sus centros de gestación: la lengua como clasificación, reticulación, jerarquización opresiva de donde no podemos salir; el acto de habla como red sutil de poderes que establece tonos, inflexiones, tipos de proposiciones en atención a la situación jerárquica o de poder de quien habla o escucha: el hombre se mueve en las redes del lenguaje situándose a su vez en las redes sutiles de poder de su enunciación. "Yo supongo -señala Foucault- que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y terrible materialidad"(18). En este contexto la "verdad" se encuentra ligada a los sistemas de poder que la producen y a los efectos de poder que induce. "Estamos sometidos a la producción de la verdad desde el poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de la verdad"(19). Si la verdad es un "régimen" que se articula a una dinámica de poder, vista desde fuera de ese régimen, de esa articulación, la verdad se revela como una máscara, como una certidumbre sujeta a límites. He allí el

cuestionamiento de la verdad. Es posible ver, quizás, en la palabra del loco, la capacidad de situarse en un "afuera" que revela los límites de la verdad y articula en su discurso (de manera inconsciente, qué duda cabe, y quizás torpe) la posibilidad de otra verdad más trascendente o atroz. En la tragedia de Edipo, el testimonio del humilde testigo que descubre la verdad y cuestiona la propia soberanía del rey es ejemplo de una verdad capaz de conjurar el poder(20) (aquí la verdad recorre un camino parecido al del niño que ve al rey desnudo en la fábula de Anderson). El discurso jurídico es sin duda el que deslinda y ejecuta los procedimientos para el establecimiento de la verdad. Y es en este tipo de discurso donde la verdad vive su mayor drama respecto al poder: partiendo del principio de establecer la verdad aun a costa del poder (como en el *Edipo*), el discurso jurídico se convierte a su vez en un poder que sirve a poderes y donde el testimonio (veraz y quizás humilde, sin poder) es falseado, negado, olvidado, a no ser que prevalezcan especiales circunstancias que lo impidan. Como notará Amelia Valcárcel respecto a la palabra "verdad", su nombre griego lo delata, *alétheia*, palabra de Poder(21). Es posible distinguir, de esta manera, entre la verdad en sí, ligada a la presencia irrefutable de los hechos, a la evidencia, a la prueba de lo verificable, y que alcanza su figura aun a pesar del poder o los poderes, y la verdad "legitimada" por el poder o los poderes y que no necesita sino de esa legitimación para constituirse. Ya Paul Valéry señalaba que "todo el mundo tiene la turbia convicción que ni el Estado, ni la Ley, ni la Educación, ni la Religión, ni ninguna otra cosa que sea seria podría funcionar si la verdad fuera enteramente visible". En la estruc-



tura vertical de la verdad y el poder, la “verdad en sí”, si se encuentra en los estratos inferiores, es estigmatizada desde lo alto como “mentira” (en este plano parece situarse la defensa de la mentira de Nietzsche); y para sobrevivir, y quizás finalmente ser reconocida, se esconde en el disimulo y en los pliegues del sentido del lenguaje. La verdad “legitimada”, por otra parte, que no necesita sino del poder para su existencia, puede ser desenmascarada, si se le interroga como verdad en sí, y, si no coincide con ésta, mostrar los rostros de la sin razón del poder. Una crítica a la verdad pasa así por la revelación de los poderes que sostiene y crea. Y en esta crítica el doble fondo del lenguaje muestra su otra vertiente, la de lo falso y de la fabulación, una vertiente donde sea posible, quizás, la libertad.

### La mentira y el horizonte de lo falso en el lenguaje

Lo falso, más allá de la sanción moral que sobre él pesa, parece gestarse en el seno del mismo lenguaje. La lógica moderna ha probado que el lenguaje, cuando habla de lo falso, de lo que podríamos llamar su vertiente fabuladora, no atenta con la lógica del lenguaje sino que atiende acaso a su poder más legítimo: el de crear mundos alternos en el acto mismo de su tarea de designación. “No es posible decir nada que contradiga a la lógica”; afirmaba Wittgenstein, y “violar la lógica es poseerla”, decía Carroll. El lenguaje, sencillamente, se desprende de su compromiso directo con el referente, o con el *denotatum* (signado por los procedimientos de lo veritivo) y pone en escena las posibilidades del sentido. “El placer de la mentira es estético”, señala Nietzsche, colocando esta capacidad por encima de la sanción moral. En este sentido, George Steiner, en una lúcida vindicación del poder de lo falso, señala: “Lo falso no es, salvo en el sentido más formal o puramente sistemático, una falta de adecuación a los hechos. Es un agente dinámico y creador. La facultad humana para enunciar cosas falsas, para mentir, para negar lo que es, está en el núcleo mismo del lenguaje y anima la reciprocidad entre las palabras y el mundo”<sup>22</sup>. La alteridad, la capacidad de crear un mundo de sentido, estaría así en el genio del lenguaje, en la geometría misma de su tramado lógico, sólo que aquí el lenguaje se aleja de la transparencia que parece consustancial con su tarea de comunicación, y se sumerge en su opacidad, en su propia filigrana, se materializa como cuerpo, como piel de infinitos poros para el florecimiento de la belleza y del inacabable portento de una realidad atrapada en las redes del lenguaje mismo. Al otro lado del azogue del lenguaje, la primera habitación es la de la mentira, tiranizada por la moral, acorralada, descalificada a ratos por la razón veritativa, imponiéndose muchas veces en todo su esplendor; el más extremo ámbito quizás sea el de la poesía, ondulante en el proceso metamórfico de la metáfora, restallando en su tela de paralelismos. Entre los dos parece situarse la ficción, trenzada aún por el proceso veritivo a través de la “ley de la verosimilitud” que la constituye<sup>23</sup>, pero con la secreta aspiración hacia el desprendimiento total de las imposiciones de la verdad. “...el arte maneja la apariencia - señala Nietzsche, en términos paradójales-; en consecuencia no se propone engañar, es verdadero”<sup>24</sup>. El “régimen

de la verdad”, presente en el proceso comunicativo, penetra sin embargo con sus huestes la zona de la opacidad del lenguaje tratando de imponer sus pautas y procedimientos, tratando de legitimar el lenguaje “desatado”, “fuera de la ley”, sólo si se somete a sus requerimientos. La literatura moderna quizás pueda caracterizarse por la expresa consciencia de este hecho y de las posibilidades creadoras del lenguaje más allá de los procedimientos de la verdad. El juego de la paradoja llevado a la escena del relato por Lewis Carroll y -profundizándose como una expresión misteriosa y atroz de la paradoja-, el absurdo revelado en la obra de Franz Kafka, por ejemplo, se proponen, en la literatura moderna como búsqueda y hallazgo de una verdad superior, de, como diría José Lezama Lima, “Una forma superior de testificar”<sup>25</sup>. Si ésto es posible la literatura supondría un poder de contestación a los “régimenes de verdad”, tendría un poder de desmitificación, de desenmascaramiento de “verdades establecidas”. La literatura sería, por naturaleza, subversiva.

En la doble vertiente de transparencia y opacidad hacemos nuestro el genio del lenguaje: atados al régimen de la verdad en nuestra relación con el mundo, siempre podemos separarnos y, atravesando la infinitud de puertas que se incitan con la mentira y se multiplican en la poesía, alcanzar el territorio libre y sin duda verdadero de lo imaginario.





## N O T A S

- 1.- Cf. Roland Barthes, "LeÇon d'écriture", en *Tequel* N° 34, París, 1968.
  - 2.- Jacques Derrida. *El concepto de verdad en Lacan*. Buenos Aires. Homo Sapiens, 1977, p. 33
  - 3.- Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*. México. Siglo XXI. 1968, p. 5.
  - 4.- Gottlob Frege, "Sobre sentido y desnotación", en: *Selección de textos* (Comp. Ernesto Battistella). Maracaibo, LUZ
  - 5.- "Es tarea de todas las ciencias -señala Frege- descubrir verdades: a la lógica le toca decretar las leyes del ser verdad", *Investigaciones lógicas*, Madrid. Tecnos. 1984, p. 49.
  - 6.- Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*. Barcelona. Barral. 1970, p. 26
  - 7.- La noción de presuposición propuesta por Frege, ha sido generalmente aceptada y desarrollada con diferentes matices por la lógica moderna. Para Austin (*Cómo hacer cosas con palabras*, 1982 de la edición española) la presuposición es necesaria tanto para la verdad como para la falsedad. Para Wittgenstein, "Para poder decir: "p" es verdadero (o falso), debo haber determinado en qué condiciones llamo verdadero a "p" (*Tractatus lógico philosophicus*, 1975). Oswald Ducrot (*Dire et ne pas dire*, 1972) y Jean-François Lyotard (*La différend*, 1983), por ejemplo, han profundizado sobre la función de la presuposición en el habla.
  - 8.- "Cuando el enunciado se da primero y la evidencia después -señala Russell-, hay un proceso que se llama "verificación", que implica la confrontación de un enunciado y la evidencia": Bertrand Russell, *Significado y verdad*. Barcelona. Ariel. 1983, p. 83.
  - 9.- "En la semántica lingüística corriente -señala Van Dijk- calificaríamos frases como 'la mesa se estaba riendo' semánticamente desviada a rara o extraña, debido al hecho de que son violadas las llamadas restricciones selectivas en la combinación de ciertas categorías..." T.A. Van Dijk, *Texto y contexto*. Madrid. Cátedra. 1980, p. 77.
  - 10.- Victoria Camps distingue entre "mentiras aceptadas", "comentiras" (las buenas maneras, por ejemplo) y "mentiras reales", como expresiones de injusticia y violencia. Cf. Victoria Camps, "La mentira como presupuesto" en: *El discurso de la mentira* (Comp. Carlos Castilla del Pino). Madrid. Alianza Universidad. 1988, pp. 37 y 55.
  - 11.- Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y el mal*. Madrid. Alianza. 1978, p. 112.
  - 12.- Arthur Pap, *Semántica y verdad necesaria*. México. F.C.E. 1970, pp. 7-8.
  - 13.- Ibid, p. 15
  - 14.- F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*. Madrid. Edaf. 1981, p. 261.
  - 15.- F. Nietzsche, *El libro del filósofo*. Madrid. Taurus. 1974, p. 88
  - 16.- No es gratuito que en los sofistas encontremos una "conciencia sobre el lenguaje". A ellos se debe la fundación de la gramática y el primer estudio sistemático de las leyes del lenguaje. Protágoras, Pródico e Hipías escribieron tratados sobre el lenguaje y no será exagerado pensar a la sofística, el "arte de las palabras", como el más remoto antecedente de la conciencia semiológica.
  - 17.- Cf. Roland Barthes, *LeÇon inaugurale de la chaire de semiología littéraire du Collège de France*. París. Du Seuil. 1978.
  - 18.- Michel Foucault, *El orden del discurso*. Barcelona. Tusquets. 1974. p. 11.
  - 19.- Ibid. p. 14.
  - 20.- Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*. México. Gedisa. 1983, p. 31
  - 21.- Amelia Valcárcel, "mentira, versiones, verdades", en: *El discurso de la mentira*. Ob.cit., p. 54.
  - 22.- George Steiner, *Después de Babel*. México F.C.E. 1980, p. 246.
  - 23.- Refiriéndose al novelista. Maurice Blanchot señala que "es un hombre sometido por entero a la ley de verosimilitud". M. Blanchot. "El enigma de la novela", en: *Falsos pasos*. Valencia. Pre-Textos. 1977, p. 203.
  - 24.- F. Nietzsche. *El libro del filósofo*. Ob. cit. p. 107.
  - 25.- José Lezama Lima, "Sucesiva o coordenadas habaneras", en: *Tratados en La Habana*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor. 1969, p. 225.
- 
- \* Texto que forma parte del libro *Ensayos desde la pasión*. Caracas. Fundarte